

los suplicios eternos; pero por el Bautismo recibimos una nueva vida y adquirimos el derecho de mirar al cielo como herencia que nos pertenece. Esta vida nueva, esta gracia nos une á Dios por la fé, por la esperanza y por la caridad. Ella se nos dá por Jesucristo; en él, Dios nos adopta por hijos; por lo mismo ya somos herederos de su reino, y coherederos de su Hijo Jesucristo nuestro Señor, de quien nos constituimos miembros suyos. Dos cuerpos se distinguen en Jesucristo, un cuerpo natural y un cuerpo místico; el cuerpo natural es el que tomó en las entrañas purísimas de María Santísima, que fué formado por obra del Espíritu Santo, que en otro tiempo fué pasible y mortal, y ahora glorioso é inmortal; que es adorado en el cielo por los ángeles, querubines y santos, y sin dejar de estar allá, lo es acá en la tierra en nuestros altares por nosotros los hombres. El cuerpo místico de Jesucristo vida nuestra, es su Iglesia, pues el Bautismo nos hace tambien hijos de ella; porque nos pone en el catálogo de los fieles, nos dá derecho á los otros sacramentos, y nos hace participantes de las demas gracias que disfruta por su cabeza Jesucristo; cabeza en quien reside y de que fluyen todas las que se nos comunican. Ella inspiró é inspira en nuestros dias la castidad á las vírgenes; ella dá el celo á los Apóstoles; comunica la ciencia á los doctores; enciende en el amor á la verdad á los confesores, al silencio y al retiro á los solitarios; hace amable la mortificacion á los penitentes, é inflama, por último, la caridad de los cristianos. Pues á esta cabeza estamos unidos por el Bautismo. ¡Pero que union tan estrecha!

—•••••

DIA DIEZ Y NUEVE.

San Pedro de Alcántara, confesor.

El espíritu de penitencia y el don de contemplacion con que fué dotado por Dios San Pedro de Alcántara, lo han colocado entre los santos mas célebres de la Iglesia. Nació en Alcántara, pequeña poblacion de Estremadura, en el año de 1499; y su padre Alonso Garabito, jurisperito y gobernador de aquel pueblo, conociendo las bellas disposiciones que tenia Pedro para la carrera literaria, lo puso á que estudiara gramática y filosofía, y ántes de que acabara esta facultad, tuvo la desagradable noticia de la muerte de su padre; pero esta desgracia no embarazó que la concluyera y continuara en

Salamanca el estudio de los cánones. Iluminado por la divina gracia desde que tuvo razon, cada dia aumentaba su devocion y se ejercitaba en obras de misericordia. Sabia distribuir sus horas en la asistencia de las iglesias y á los hospitales, sin descuidar la de su cátedra. Dos años llevaba de estar en Salamanca cuando comenzó á pensar seriamente sobre el estado que le convendria tomar, y en el que serviria á Dios con mas perfeccion. Por una parte el mundo le brindaba con una carrera brillante y llena de delicias y placeres en la continuacion del estudio de la jurisprudencia, que le abria el paso á los empleos civiles que le atraerian el aplauso y las lisonjas de los hombres, y por la otra lo llamaba la soledad y el retiro de un claustro donde serviria á Dios con mas perfeccion, y estaria lejos de los riesgos á que espone la sociedad con sus placeres. Meditó muy detenidamente sobre la vida monástica, y se sintió movido de una fuerte vocacion, que como auxilio eficaz de la gracia divina no podia resistir.

Tomó el hábito religioso á los diez y seis años de su edad en el convento de franciscanos de Manjarrez, que está en las montañas que dividen á Castilla de Portugal, y desde entonces comenzó á luchar con sus enemigos interiores y á procurar vencer todas sus inclinaciones para purificar su alma de toda idea mundana. Para este intento practicó grandes humillaciones, ayunaba diariamente y estaba en vigilia la mayor parte de la noche. Así pasó todo el año de noviciado; y despues de haber hecho los votos que lo unian mas estrechamente con Dios, aumentó sus mortificaciones y penitencias, y parecia que su corazón estaba muerto para el mundo. Tuvo á su cuidado la sacristia del convento, luego la portería, y despues fué dispensero, cuyos humildes oficios procuraba desempeñar con exactitud y profunda obediencia. Despues de haber contenido sus inclinaciones, venció sus sentidos en tal grado, que jamas levantaba su vista del suelo, y no daba razon de su convento. Era tanta la enagenacion en que vivia y su poca curiosidad, que cuatro años estuvo en un convento, jamas vió un árbol corpulento que estaba en la puerta, ni conoció á sus hermanos los religiosos mas que por la voz; en otro monasterio en que vivió tres años. Por mucho tiempo no tuvo otro alimento que pan mojado en agua y yerbas sin sazón alguno, á las que solia añadir algunas veces salsa compuesta de sal y vinagre; pero esto solo era en los dias de grande festividad. Dormía en un cuero puesto en el suelo, y eso despues de haber estado

mucho tiempo de rodillas en oracion; y siempre que reconciliaba el sueño, era sentado y con la cabeza puesta en la pared. No obstante estas crueles penitencias, lo asaltaron algunas veces fuertes tentaciones que él supo vencer, duplicando las austeridades y recomendando su pureza á Dios en sus continuas oraciones.

Por disposicion de su prelado, fué mandado á un convento inmediato á Balvis, y no quiso vivir entre sus compañeros, sino que á corta distancia del monasterio formó una estrecha gruta de ramas en donde pasaba una vida eremítica. Aquí aumentó sus penitencias y ayunos, dejando trascurrir hasta tres dias sin tomar alimentos, y siempre que comia eran sustancias desabridas y mal sazoadas. Algunas veces se pasaban ocho dias sin que probara bocado alguno, lo que fuera increíble si no lo expresara así el proceso de su canonizacion. Eran cruelísimas las disciplinas de sangre que tomaba, y las repetia tres ocasiones al dia. Si por algun accidente tomaba gusto á lo que comia, este era motivo bastante para que apartara el plato, porque no deseaba mas que mortificaciones. En el tiempo de invierno andaba descalzo y con la cabeza descubierta, dejando abiertas las ventanas de su celda, porque el frio no le dejara tomar el sueño y pasara toda la noche en oracion. Usaba un cilicio de alambre con unas puntas tan agudas, que no solo le penetraban la cútis, sino tambien la carne, haciéndole llagas dolorosas que se le renovaban diariamente. Le costó mucho trabajo vencer el sueño como él mismo dijo á Santa Teresa; pero á costa de mil sacrificios, logró sujetarse á dormir solo una hora y media parado ó arrimado á la pared, pasando todo el resto de la noche en continua oracion y en toda clase de mortificaciones, que se pueden considerar como milagrosas.

Despues de tres años fué enviado á Badajoz para que gobernara una pequeña comunidad; y aunque no tenia mas de veinte, su extraordinaria virtud le daba el juicio y la prudencia que su edad le pudiera negar. Cuando concluyó el tiempo de ser guardian, se preparó para ordenarse á instancias de su prelado, y llegó á ser sacerdote en el año de 1524. En el siguiente fué nombrado guardian de Plasencia, y tanto en este empleo como en el anterior, procuró que su ejemplo fuera el mayor estímulo para hacer cumplir la regla monástica, y para reprender á los que la tibieza hiciera menos observantes. No solamente quiso ser provechoso á su comunidad, sino tambien á todos los cristianos; y luego que concluyó

el periodo de su guardianía, se dedicó á la predicacion del Evangelio, en cuya santa ocupacion invirtió seis años. Su elocuencia en el púlpito era sublime; pero mas que todo se notaba la devocion con que anunciaba la divina palabra, á lo que se añadia su aspecto humilde y penitente que era bastante para mover al pecador mas obstinado. El inflamaba los corazones con el fuego del amor divino, y manifestaba á todos los que le oian las sendas mas seguras de la virtud para recoger los frutos de la divina gracia.

Despues de haber trabajado con mucha utilidad por el bien espiritual de sus semejantes, quiso hacerlo por el suyo propio, y solicitó eficazmente de sus prelados la licencia para vivir en un convento solitario donde su tranquilidad y sosiego no fueran turbados por las atenciones indispensables de la sociedad. No pudo menos el prelado que acceder á una peticion que convenia á la paz interior de nuestro Santo, y lo mandó al convento de San Onofre que está en Lapa, inmediato á Soriana en un desierto solitario. El trataba de no distraerse con ninguna clase de atenciones y entregarse á la meditacion; pero no se cumplieron en todo sus deseos, porque á su pesar fué nombrado guardian de aquella casa. Sin embargo, estaba retirado del concurso del mundo, y pudo pensar en las verdades eternas. Aquí compuso un tratado sobre la oracion mental, que aunque es una obra pequeña, contiene máximas sublimes sobre la perfeccion cristiana, y ha sido muy elogiado por Fr. Luis de Granada y otros célebres contemplativos. Tambien escribió otro libro sobre la paz del alma, y es tan recomendable como el primero.

Su fervor espiritual se aumentaba cada dia, y al mismo tiempo los dones del cielo y los consuelos divinos se le comunicaban con mas frecuencia. En la celebracion de la misa, en la oracion y en todos los ejercicios devotos se arrebatava en éxtasis por largo tiempo. Era muy devoto del misterio de la Encarnacion y del inefable sacramento de la Eucaristía, y solo el recuerdo de estos favores que Dios ha dispensado á los hombres, era motivo suficiente para hacerle derramar lágrimas de reconocimiento y tener raptos de alegría que aun inadvertidamente lo hacian prorumpir en cánticos de alabanzas á las misericordias inefables del Altísimo.

En el mismo año 1538 fué electo provincial en San Gabriel de Extremadura, y no obstante de haberse escusado por falta de edad, el voto de obediencia lo comprometió á marchar. En este convento

se habian introducido algunas reformas que debilitaban la austeridad de la regla; pero nuestro Santo trabajó incesantemente, y consiguió que sus nuevas reglas fuesen aprobadas en el capítulo que se tuvo en Plasencia el año 1540. En el siguiente concluyó su provincialato, y fué á Lisboa á unirse con Fr. Martin de Santa María, que estaba formando unas reglas para ciertas reformas austeras de su orden, reduciéndola á una vida eremítica. El duque de Aveiro le concedió el dominio de unas montañas estériles en la embocadura del Tajo, á las orillas de Lisboa, donde Martin y Pedro se propusieron fundar esta reforma. Fundaron unas celdas para ellos y para los que quisieran seguir su instituto; y sin embargo de ser muy severo, tuvo muchos imitadores. Primero fué ermitage; pero en una visita que hizo á Pedro el padre Fr. Juan Calus, les dió licencia para recibir novicios, y les cedió los conventos de Palhaes y Santaren, encargando á Pedro la guardianía de los novicios, y haciendo á Martin custodio de aquel convento. Este fué el hermoso plantel de aquella célebre reforma, que resucitando el espíritu de mortificacion y de extremada pobreza que profesó el seráfico padre San Francisco, dió á la Iglesia una nueva familia de ángeles mortales, cuyo espíritu de soledad, de devocion, de penitencia y de toda perfeccion, ha sido hasta el dia objeto de admiracion y de veneracion á todo el mundo, y que con la violencia de un rayo se estendió en todas las naciones sin escluir á la nuestra, que casi desde su conquista vió en México á los primeros religiosos de esta nueva orden, la cual aunque primeramente solo fué una custodia de la provincia de Filipinas, pasó despues á formar provincia aparte con el título de San Diego, con el que ha sido conocido y se ha difundido á diversas de nuestras provincias, con notorio provecho espiritual y temporal de los lugares que disfrutaban de sus conventos.

En el año de 1544 volvió Pedro á España de orden de su prelado, y fué recibido con mucho gusto, no solo de sus hermanos, que volvian á tenerlo en su compañía, sino de los hombres mas ilustres en santidad de este reino, entre los cuales se cuenta á San Francisco de Borja con quien estrechó una fina amistad y le sirvió de mucho en las persecuciones que contra los jesuitas se habian suscitado en aquella época. Aquí por entonces no tuvo ningun cargo, y pudo dedicarse con mas desahogo á la vida contemplativa y á sus asombrosas penitencias, aunque solia emplear algu-

nos ratos en confesar á las gentes que se habian puesto bajo su direccion espiritual. A los cuatro años volvió á Portugal por instancias del príncipe Luis, hermano del rey, y en el tiempo que estuvo en Lisboa arregló el monasterio que habia fundado con Martin, y estableció otro cerca de la ciudad, bajo las mismas reglas que el anterior. Dejó su retiro para volverse á España en el año 1551, y meditó una reforma mas rígida que la que habia fundado en Lisboa, para lo cual alcanzó la aprobacion del papa Julio III. Se retiró con un fervoroso compañero á la diócesis de Coria, y entrambos pusieron en planta su nuevo proyecto; pero á poco tiempo fué á Roma para obtener la licencia de formar un convento segun las instituciones nuevamente reformadas, y á su vuelta, que se verificó en el año 1555, fundó un amigo el convento segun las instrucciones de Pedro, cerca de Pedroso en la diócesis de Palencia, tomando el nombre de franciscanos descalzos los que entraron en este monasterio. A imitacion de este convento, se fundaron otros dos por el conde de Oropesa, y muchos de los antiguos franciscanos abrazaron la reforma de los descalzos.

En el año 1561 unió nuestro Santo todos estos conventos para que compusieran una provincia con algunas otras reformas aun mas austeras que añadió entonces, y fué nombrado Pedro comisario general de su orden en el año 1556, y en el de 1559 fué aprobado el nombramiento por el papa Paulo IV. Fué electo provincial de su orden reformada, y con esta investidura pasó á Roma para obtener su confirmacion que fué otorgada. Mientras estuvo en el empleo de comisario, visitó todos sus conventos, y con sumo cuidado atendia á que no se relajara la regla ni se entibiara el fervor de los religiosos. Una vez que llegó á Avila, encontró á Santa Teresa muy atribulada por los escrúpulos; pero como maestro de espíritu la consoló restituyendo la paz y la tranquilidad á su alma agitada, y la aconsejó y animó para la reforma que intentaba hacer en la orden carmelitana.

En la visita que hizo San Pedro al convento de Villaviciosa, cayó gravemente enfermo, y el conde de Oropesa lo comprometió á que se curara en su casa, sacando á nuestro Santo de su claustro contra su voluntad. La misma afliccion que le causaba la separacion de sus compañeros, agravaba el dolor de estómago que habia padecido toda su vida, y fué la causa de su muerte. A instancias suyas volvió á su convento, recibió con mucha humildad los santos

sacramentos, y conociendo que su hora estaba muy cerca, se puso de rodillas y dijo aquellas palabras del Salmista: *Regocijado me he en las cosas que se me han dicho: irémos á la casa del Señor.* Concluido este verso, espiró tranquilamente el 18 de Octubre de 1562, á los 63 años de su edad. Desde el mismo punto manifestó Dios la gloria de su siervo con muchos milagros. Fué enterrado su cuerpo en la iglesia de Arenas, donde continuamente está Dios haciendo glorioso su sepulcro por los milagros que obra cada día. El papa Gregorio XV lo beatificó solemnemente el año de 1622, y el de 1669 lo canonizó Clemente IX, fijando su fiesta el día 19 de Octubre.

La Epístola es del capítulo III de San Pablo á los filipenses.

Hermanos: Lo que ántes tuve por ganancia, lo he reputado ya como pérdida en comparacion de mi Señor Jesucristo, por cuyo amor he perdido todas las cosas, y las miro como basura por ganar á Cristo, y hallarme en él, no teniendo aquella propia justicia que nace de la ley, sino aquella que nace de la fé en Jesucristo, la justicia que viene de Dios por la fé, á fin de conocerle á él y á la eficacia de su resurreccion, y participar de sus penas, asemejándome á su muerte: de modo que al cabo pueda arribar á la resurreccion de los muertos. No porque lo haya logrado ya, ni llegado á la perfeccion; pero yo sigo mi carrera, por si alcanzo aquello para lo cual fui destinado por Jesucristo.

El Evangelio es del capítulo XII de San Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: No temais, pequeña grey; porque ha sido del agrado de vuestro Padre daros el reino. Vended lo que poseis, y dad limosna. Hacedos unas bolsas que no se echen á perder; un tesoro en el cielo que jamas se agota, á donde no llegan los ladrones, ni roe la polilla. Porque donde está vuestro tesoro, allí tambien está vuestro corazon.

MEDITACION.

Sobre el espíritu de atraccion y retiro.

Considera que el espíritu de abstraccion y retiro es absolutamente indispensable para el alma religiosa, pues mientras no se desprenda del trato y comunicacion, no puede tener sus ideas en aquel

orden y sosiego que es necesario para entrar con facilidad en la oracion y mantener la presencia de Dios. Así tambien, mientras no busque el retiro de las criaturas, no puede verse libre de sus solitudes; y aunque ella por sí no abra puntos para tratar y conversar, ni se ingiera en sus negocios, la harán tomar parte en ellos y la distraerán á cada paso; y aunque se haga el ánimo de abstraerse de todo y sostener su propósito en medio del bullicio, nunca podrá lograr el recogimiento interior y el espíritu de piedad y devocion que se logra y obtiene en el retiro y la abstraccion. Verdad es que para Dios es igualmente fácil ocupar la mente y el corazon del hombre en medio del bullicio, á la presencia del mayor concurso, que en la soledad y el retiro; y que se han visto muchos ejemplares aun de raptos y éxtasis en los Santos, á la vista y presencia de las gentes; pero esto no es lo comun, ni se da, ni puede darse sin una perfecta abstraccion interior, y una formal dedicacion del corazon á Dios; para conseguir la cual, se necesita del retiro y se busca la soledad, como nos lo manifiestan bien aquellas palabras del libro de Oseas, en que hablando el Señor acerca de la alma á quien quiere instruir y mover al amor de la virtud, dice: *La llevaré á la soledad y le hablaré al corazon.* Lo que corresponde bien á la declaracion que se le hizo á Elías, cuando viendo pasar el torbellino, se le dijo: No está Dios en la agitacion y el bullicio: es menester confesarlo: mientras no hay abstraccion y retiro, no se encuentra á Dios, ni se oye su voz.

Considera que esta habla de Dios al corazon del hombre, requiere en él una disposicion que solo puede tener en la abstraccion y el retiro; pues no se habla aquí solamente de aquellos avisos ó inspiraciones con que generalmente socorre el Señor á las almas para apartarlas del pecado y conducir las á la penitencia, á la reforma, al acierto en los negocios &c., sino de aquella comunicacion interior de luces y de espíritu, con que al mismo tiempo que lo va iluminando para que conozca á su Dios y se conozca á sí mismo, lo mueve é impele á abrazar los objetos todos de su santificacion con la observancia y práctica de las reglas de perfeccion á que está consagrado; y bien se ve que esto no puede verificarse en un corazon que se encuentra prendido todavía del amor á las criaturas, ó poseido del respeto humano, ó inmortificado hasta el punto de no tener valor para romper de un golpe con las criaturas, renunciarse á sí mismo enteramente, y buscar solo á Dios. No es esta la disposicion que

se encuentra en las almas verdaderamente poseidas del amor de Dios; pues éstas, aunque no tengan todavía la perfeccion que solicitan, tienen y deben tener para el logro de su empresa, toda la voluntad y resolucion que pide la misma empresa ya lograda, y solo van á buscar con el trabajo, el tiempo y la paciencia, los hábitos de las virtudes que para lograrse con perfeccion en una alma, piden tiempo y mucha repeticion de actos y vencimientos. Se hará esto mas perceptible con el símil de un hombre que se dedica á labrar una casa, el cual necesita tiempo para edificarla y perfeccionarla; mas cuando emprende la obra, y en su prosecucion procura tener ya todo el dinero en que ha calculado su costo, y trabaja en los cimientos y primeras murallas con toda la eficacia y decision que habrá de poner en su avance y conclusion. Así tambien una obra en que se busca por último resultado el total desprendimiento de las criaturas y de nosotros mismos, y la total entrega y consagracion á Dios, no se logra sin este mismo desprendimiento práctico, y esta misma dedicacion absoluta y constante. ¿Cómo ha de salir perito en un arte el que trabaja en otro? ¿Se hará buen labrador el comerciante? ¿Se hará buen carpintero el hortelano? El soldado se forma en la campaña: el abogado en el bufete y en los tribunales: el hombre de estado en el gabinete: el eclesiástico en las funciones de su ministerio. Así el hombre que quiere alcanzar la perfeccion, en la perfeccion misma la ha de buscar.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Asentada esta verdad, que es incuestionable, y de que debe partir nuestro primer propósito, hay que advertir dos males en que podemos caer, ó dos especies de peligro que podemos correr, y que se encuentran en dos extremos opuestos. Es el uno el del envanecimiento, la soberbia, ó la presuncion, que nos pueden venir de abrazarnos con las reglas de perfeccion; pues por poca cabeza podemos creer que ya somos perfectos con solo el hecho de comenzar esta obra. Es el otro de turbacion, disgusto, despecho, desesperacion al observar el trabajo que nos cuesta el procurar la perfeccion, y la resistencia que hacen nuestras pasiones y demas perversas inclinaciones. Para evitar el primer mal, necesitamos mucha humildad: para evitar el segundo, mucha paciencia y mucho sufrimiento. Sean estos nuestros propósitos, y pidamos al Señor la gracia y las virtudes necesarias.

JACULATORIA.

Llebadme, Señor á la soledad, y habládmé al corazon.

LECCION.

Continúa la materia de la anterior.

Quando el Señor habla á sus apóstoles de la union que tienen con su Magestad los que le pertenecen por el bautismo, les dice: *¿Sabéis vosotros lo que sois, y lo que soy yo? Mi Padre está en mí, y yo estoy en vosotros. Yo soy el mismo que mi Padre, y esta union aunque infinitamente diferente, es no obstante el modelo de la que hay entre mí y vosotros.* ¿Y no será este un motivo para dar continuamente gracias al Eterno? Nosotros somos nada, y nada podemos ser por nosotros mismos; pero por la gracia del bautismo estamos unidos estrechamente á Jesucristo y somos miembros de su cuerpo místico. Yo soy todo trasformado en Dios por este sacramento, dice San Gregorio Nacianceno; yo soy un hombre todo divinizado; ya no soy yo mismo, otro es el que habita en mí: vedme aquí hecho una criatura nueva en Jesucristo. El puso en mí su ser celestial y divino, en lugar del ser corrompido y carnal que habia recibido de Adán; con el fuego del Espíritu Santo me ha dado una nueva forma, refundiendo el vaso antiguo de corrupcion en un nuevo de gracia; de antiguo me ha hecho nuevo; de humano me ha hecho divino. ¿A qué feliz estado nos eleva la gracia del bautismo! ¿Viviremos, pues, de un modo indigno de él? ¿Seremos miembros separados de Jesucristo? ¿Nos expondrémos á ser cortados y separados de esa cabeza tan santa y de los demas miembros aptos y sanos? No, á la verdad, sino que en lo sucesivo viviremos en Dios y para Dios.

Aun hay mas: un cristiano por el bautismo se hace templo vivo del Espíritu Santo. ¿No sabéis, dice el Apóstol, que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo que reside en vosotros? Ved aquí la razon por qué en este sacramento de regeneracion se practican, como despues veremos, las mismas ceremonias que en la consagracion de los templos materiales. Por el exorcismo se manda al demonio deje la posesion de aquel que se hace cristiano; con el santo crisma, figura de la uncion de la gracia que se difunde en el alma, se le consagra á Dios: por el soplo misterioso del ministro que

bautiza, toma posesion el Espíritu Santo del cristiano, y desde entonces el mismo Espíritu Santo se hace principio y objeto del culto que en este vivo templo se le ofrece con los actos de fé, esperanza y caridad; él es el que ora en los cristianos con aquellos gemidos inefables que llegan hasta el trono del Altísimo. ¿Podia Dios hacer mas por el hombre y honrarle con mayor magnificencia? Se pueden señalar tres géneros de templos, en que particularmente habita el Espíritu Santo: el primero y principal donde reside esencialmente, es el seno del mismo Dios, con quien siendo una misma cosa, habita desde la eternidad: el segundo, menos principal, es el de la Madre verdadera de Dios verdadero, donde habita con toda la plenitud de la gracia; y el tercero es el alma de los cristianos: no solo su alma, sino tambien su cuerpo, añadiré con San Pablo. ¿No sabeis, dice el Apóstol, que vuestros ojos, vuestros oidos, vuestra boca, vuestra lengua, vuestras manos y vuestros piés, sirven al Espíritu Santo, y le están consagrados? Pues esta misteriosa consagracion se hace en el bautismo: al momento que se os confirió este sacramento, bajó invisiblemente sobre vosotros el Espíritu consolador: ántes no podia residir en el hombre, porque éste todo era carne y carne corrompida; mas ahora hace en él su morada, pues aunque carne, es carne reengendrada con las aguas del bautismo.

Y bien, lector mio, ¿estás suficientemente instruido en estas importantes verdades? ¿Sabes que recibiste al Espíritu Santo en el bautismo, que eres su templo, y que habita en tí por la gracia de este sacramento? ¡Ah! ¡cuánto me temo me des la misma respuesta que dieron á San Pablo en el camino de Efeso algunos discípulos de San Juan! Les preguntó si habian recibido el Espíritu Santo, y si creian en él. No, respondieron ellos, ni siquiera sabemos si hay Espíritu Santo. Es verdad que no os debo hablar del mismo modo que á un recién convertido: no obstante, no faltará entre los que lean estos renglones y entre los que los escuchen, que digan: no sabemos lo que ahí se nos pregunta: apenas hemos oido hablar de eso. ¡Ah cristianos! ¿En nombre de quién habeis sido bautizados, os preguntaré con el mismo San Pablo? ¿En nombre de éste ó de aquel ministro? Estos no son sino instrumentos débiles, aunque muchos de ellos hayan sido y sean Santos: el principal ministro que bautiza, y cuyas veces hacen en la tierra los sacerdotes, es el mismo Jesucristo. Aquellos no pronuncian sino algunas palabras: no derraman sino un poco de agua: no ha-

cen sino ciertas ceremonias. Abrid los ojos de la fé, y reflexionad que toda la Augustísima Trinidad intervino en vuestro bautismo. ¿Habeis leído en San Lucas, que cuando San Juan bautizó á Jesucristo, se abrió el cielo, descendió el Espíritu Santo, y se oyó la voz del Padre, que decia: Este es mi Hijo amado en quien tengo mis complacencias? Pues todo esto aconteció, no por Jesucristo sino por tí, ¡oh cristiano! Abrióse el cielo en esta ocasion; no porque ántes hubiera estado cerrado para Jesucristo que descendió del cielo por nuestra salud como habia predicho David, sino para dar á entender á los hombres que por las aguas del bautismo les franqueaba Dios las celestiales puertas de la gloria. Descendió el Espíritu Santo, dice San Agustin, no para que entonces lo recibiera Jesucristo, pues el decir esto seria herético y absurdo, sino para que lo recibiera la Iglesia figurada en su cuerpo en todos los que se bautizan: la voz del Padre que declaró á Jesucristo Hijo suyo, se dirigió tambien á los renacidos á la gracia del bautismo, pues desde entonces quedan hechos, como hemos visto, sus hijos adoptivos. Efectivamente, piadoso cristiano, por el bautismo gozamos de la libertad los que ántes éramos cautivos: somos ciudadanos de la Iglesia los que ántes peregrinábamos en el error: andamos en la senda de la justicia, dejando el camino tortuoso del pecado; mas no solo somos libres, sino tambien santos; no solo santos, sino justos; no solo justos, sino tambien hijos de Dios; no solo hijos, sino tambien herederos; no solo herederos, tambien hermanos de Jesucristo; no solo sus hermanos, tambien sus coherederos; no solo sus coherederos, sino sus miembros; no solo sus miembros sino su templo; no solo su templo, sino tambien órganos del Espíritu Santo. ¡Oh favor sin semejante! Dios nos ha escogido al salir del vientre de nuestra madre, para darnos la gracia del bautismo sin mérito ninguno de nuestra parte. Luego que salimos de las lobregueces de nuestra concepcion, el corazon de Jesucristo se compadeció de nuestra miseria, vió nuestra desnudez; y sus manos adorables nos pusieron la túnica nupcial: vió nuestra inmundicia, y nos trajo á purificar en las fuentes sagradas, entre tanto que su adorable justicia deja un millon de infieles en la masa de la corrupcion. ¡Qué dignacion, qué misericordia! ¿Y habiamos reflexionado sobre un favor tan sin semejante? ¡Oh ceguedad estraña! ¡Oh ignorancia criminal! Sabemos donde está hasta el último cuarto de nuestro tesoro, é ignoramos lo que somos y lo que Dios ha hecho por nosotros.

